

Somos europeos: subió la gasolina

ESTABA de viaje la noche que el gobierno anunció la subida de precio de la gasolina, tras el consejo de ministros "decisorio" del viernes. No llevaba puesta la radio del coche y el primer indicio que tuve de la subida fue la de ver, a partir de las nueve y media o diez de la noche, largas colas de automovilistas en las gasolineras. Daba la impresión de que, apenas el señor ministro de Información y Turismo salió en pantalla para anunciar el alza de precios, los telespectadores, como suele decirse, motorizados le dejaron con la palabra en la boca y se fueron a llenar el depósito. La razón de este proceder hay que buscarla en una práctica que se puede calificar de abusiva. Los dueños de las gasolineras no esperan a la llegada de las nuevas remesas, sino que, a las doce en punto de la noche, hacen girar la manivela de subir los precios. Yo no sé cuáles son los arreglos económicos que hay detrás de este procedimiento, quiero decir, si son las gasolineras o la compañía suministradora quienes se benefician de las diferencias introducidas por los nuevos precios. Pero, en cualquier caso, se trata de un evidente abuso que va en contra de todas las prácticas del comercio. Puede muy bien suceder que el conductor que ha salido de viaje con un determinado presupuesto para gasolina, se encuentre, por ejemplo, que en la noche de la subida de precios no pueda volver a casa.

Este no es, claro está, más que un aspecto de escasa importancia en comparación con las graves repercusiones económicas de esta subida de los carburantes. Muestra simplemente el desamparo en que vive el ciudadano y la desconsideración de que es objeto por parte de los poderes públicos. Cuando me he informado del alcance de este alza de precios, lo primero que pensé fue: "Sin duda, esto es consecuencia de la tradicional amistad de España con los países árabes". El triunfalismo "arabizante" del gobierno español hizo creer a muchos que este país se ahorraría en buena parte los efectos de la grave crisis del petróleo que están padeciendo casi todos los países europeos. Incluso después de la moderada subida de enero, muchos pensaban que los españoles recibiríamos un trato de privilegio. Voces autorizadas, sin embargo, vienen advirtiendo desde hace ya tiempo que el hecho de que España estuviera clasificada entre los "países amigos" de los árabes, aun cuando garantizaba la continuidad del suministro, no bastaba para impedir el alza de los precios, por la sencilla razón de que los suministros a España se hacen a través de las grandes compañías y a los precios internacionales. A pesar de todo, mucha gente, sin duda conta-

giada por el optimismo oficial, seguía creyendo en las virtudes del "Sésamo, ábrete" de la amistad hispano-árabe para superar la crisis petrolífera. De ahí que tanto la subida de enero como, sobre todo, la de primero de marzo hayan sido acogidas con sorpresa. La realidad es que nuestras relaciones con los árabes no han salido nunca del campo de la retórica verbal. Puro trasunto de nuestra "Hispanidad" en versión afroasiática es esta "hispanoarabidad" de nuestros días. Yo estuve a mediados de octubre en El Cairo, con motivo de la guerra árabe-israelí y pude darme cuenta, más que nunca, de la ausencia de fundamentos económicos de esta amistad hispano-árabe. En entrevis-



tas que sostuve allí, funcionarios egipcios se quejaban de la lentitud y falta de eficacia de que daba muestras la burocracia española en el establecimiento de relaciones comerciales y de asistencia técnica con Egipto. Citaban el caso concreto del proyecto de construir allí una fábrica de camiones con patente española, que no llegaba a ponerse en práctica precisamente por la perezosa tramitación del asunto por parte de los españoles. Decían estos funcionarios que España, en razón de su política favorable a los árabes, que en el conflicto de Oriente Medio defienden la causa de la justicia contra el imperialismo, estaba en inmejorables condiciones para haber convertido esta amistad de las mil y una noches en algo más palpable y real. Digo esto como pura comprobación acerca de los efectos de una política más basada en palabras que en otra cosa. Lo cierto es que en momentos en que hubiese sido necesario contar con unas auténticas relaciones económicas para superar la presente crisis, nuestro país no puede ofrecer a los árabes mucho más que los "tradicionales lazos de amistad" (que históricamente se manifestaron casi siempre en forma de guerra) y la influencia étnica y cultural que ellos dejaron en la Península Ibérica, como se ve bien claro en tantos topónimos y en palabras del lenguaje común que se citan siem-

pre que se habla de esto, tales como alcalde, aceite, alpargata, acequia o alcachofa.

Visto ahora con la perspectiva que ha dado esta segunda subida de precio de los carburantes, se ve bien claro que lo que ha ocurrido es que el gobierno español ha hecho todos los "arabescos" que estaban a su alcance a fin de conservar el prestigio de ser el gobierno de un país especialmente favorecido por la lámpara maravillosa del petróleo de Aladino. El ministro señor Cabanillas habló todavía en enero de la "tradicional amistad". Ahora no la menciona ya, ¿cómo va a mencionarla? Y aquí encontramos un nuevo aspecto de la cuestión. Como suele decirse, no hay mal que por bien no venga, porque, con esta subida de los carburantes nos hemos puesto nada menos que a la altura de Europa. En Holanda, país enemigo de los árabes si los hay, la gasolina va a veinte pesetas. ¡Ya somos europeos! Aún estamos hablando de la posibilidad de establecer "asociaciones" y de la posibilidad de la "participación" de los súbditos en las tareas políticas. A bombo y platillo anunciamos que, posiblemente, los alcaldes de pueblos y ciudades serán electivos. Aún aplicamos viejas y bárbaras instituciones, pero eso ¿qué importa si tenemos ya la gasolina "a nivel europeo"?

En el alza que los carburantes sufrieron en enero, subió especialmente la gasolina "super". La subida de la "normal" de 85 octanos fue más moderada, mientras que ahora ha sido mayor que la de la "super". En conjunto, desde diciembre, la subida de la gasolina ha sido de un 80 por 100, lo cual devuelve al automóvil la consideración de artículo de lujo que tenía en la época en que se le llamaba "auto particular". No hace falta decir las repercusiones que esto tendrá en la vida diaria y en el trabajo de los españoles. Mayor aún será la incidencia de la subida del gas-oil, del que depende el transporte de alimentos y mercancías.

Hace unos días ha aparecido la declaración sobre la inflación suscrita por 125 economistas, de la que se desprende que el proceso inflacionario se explica dentro de una determinada interpretación del desarrollo económico.

Para resumir: la "tradicional amistad" de España con los árabes tenía que plasmarse en alguna ventaja importante para nosotros. Ya la tenemos. Nos ha hecho europeos. Hemos estado retrasando la confesión de que los históricos lazos no servían para mejorar nuestra situación. De pronto, de la noche a la mañana, nos hemos puesto al nivel de los holandeses. Mira por dónde ya somos europeos. Señal inequívoca de que ha empezado ya la "apertura" que se nos ha prometido. ■ LUIS CARANDELL.